

¡Todo tiene que volver a suceder!

Era una tarde fría y húmeda y una densa niebla invadía la Plaza de la Catedral. En un rincón, protegidos del frío y la humedad por unos cartones, descansaba una joven de aspecto cansado y triste, en cuyos brazos dormía un niño recién nacido al que cubría con una vieja manta.

La joven miraba con ojos asombrados el paso continuo de personas que realizaban sus compras de última hora y las brillantes luces de colores que iluminaban las calles y comercios cercanos.

De las pantallas de televisión de una tienda de electrodomésticos salían imágenes de revueltas, robos, asesinatos, guerras...

Lentamente empezaron a salir por la puerta de la catedral un grupo de ancianas que había asistido a la misa. Cuando comprobó que no salía nadie más cogió al niño y entró...

La joven se quedó impresionada ante la luminosidad del altar, en cuyo centro había una imagen que le trajo a la memoria recuerdos del pasado.

Recordó tiempos de alegría y de tristeza, recordó a aquel niño que fue creciendo, aquel niño tan extraño, tan pensativo. Aquel niño que se hizo hombre y que comenzó a viajar y a curar a los enfermos. Aquel hombre que siempre estaba rodeado de multitudes que le escuchaban atentamente. Aquel hombre que molestaba a los poderosos...

Recordó también la intensa luz que llenó su habitación unos meses atrás y la voz que le estremeció cuando le dijo:

-¡María! - ¡Todo tiene que volver a suceder!

Afuera, en la calle, la niebla invadía la plaza...